

TIFFANY CALLIGARIS

GALEN PEMBROKE



TIFFANY CALLIGARIS

GALEN PEMBROKE

 Planeta



Calligaris, Tiffany
Galen Pembroke / Tiffany Calligaris. - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2022.
336 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-950-49-7572-4

1. Narrativa Argentina. 2. Narrativa Juvenil. I. Título.
CDD A863.9283

© 2022, Tiffany Calligaris

Diseño de cubierta: Lucía Cornejo para Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Todos los derechos reservados

© 2022, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: abril de 2022

3.000 ejemplares

ISBN 978-950-49-7572-4

Impreso en Gráfica TXT S.A.,
Pavón 3421, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en el mes de marzo de 2022

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler,
la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o
por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias,
digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.
Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

LONDRES
1998





I

GALEN

Galen Pembroke caminaba bajo los faroles de una calle gris. El aire nocturno de Londres tenía cierto peso que se sentía en los labios. Un velo de neblina y humedad cubría el ambiente.

Nada lo tentaba más que la invitación que le extendía la noche. La oscuridad que se paseaba por las calles haciéndolas menos transitadas. Los juegos de luz y sombra que coronaban los antiguos edificios.

Era su escenario.

Atravesó angostos callejones que muchos definirán como «inseguros» y continuó por las calles bien iluminadas, siguiendo rastros de música hasta dar con una fiesta.

El edificio se veía descuidado. Apartamentos pequeños; lo cual se traducía a rentas baratas, si es que existía tal cosa en una ciudad como Londres, y a inquilinos jóvenes.

Reposó su silueta a un lado de la entrada de manera casual. Había pasado más de una semana desde la última vez que había bebido sangre y la necesidad de consumir magia ardía en su garganta.

Galen era un Antiguo. Distinto a las criaturas inmortales ator-

mentadas por la inconsecuencia de los años y la condena de su alma propias de las grandes novelas góticas. Su corazón latía. Bombeaba vida.

Los Antiguos son longevos, humanos que necesitan beber sangre de poseedores de magia para mantener con vida el hechizo que corre por sus venas. Eso explica por qué Galen tenía la apariencia de un joven de veintiséis años cuando llevaba vivo unos cuantos más. Su pelo oscuro, sus hipnóticos ojos marrones con destellos verde y su atractivo rostro lo acompañarían por un largo, largo tiempo, antes de envejecer.

Las risas anticiparon la llegada del grupo que había estado esperando. Se acercó al portero eléctrico fingiendo una expresión impaciente. La primera chica en notarlo se lo transmitió a sus amigas en un intento poco disimulado, haciendo que compartieran una risita y miradas de interés.

—Buenas noches, señoritas —dijo de manera galante—. He estado anunciándome, pero creo que nuestra anfitriona tiene la música un poco alta.

Una de ellas se adelantó hasta el portero y apretó un dedo contra el botón del 5º A. El último piso.

—Típico de Leslie —respondió presionándolo de manera reiterada—. ¡Les! ¡Estamos abajo!

Un zumbido que hizo vibrar la puerta, les permitió la entrada.

—Después de ustedes —dijo Galen sosteniéndola.

Las jóvenes se presentaron hablando una encima de la otra, mientras Galen se detenía en el aroma de cada una y buscaba aquella chispa casi imperceptible al estrechar las manos en un saludo. Sin embargo, ninguna de ellas era una bruja o poseía magia.

Lo primero que notó al acercarse al departamento fue la mezcla de incontables voces hablando sobre la música. Lo segundo fue la escasez de luz. Y lo tercero, las botellas de alcohol barato que ocupaban la mayoría de las superficies.

Jóvenes universitarios.

Galen no se guiaba por muchas reglas, pero una de ellas era evitar a los menores de edad. Eran un anzuelo que tenía el potencial de arrastrar a un tiburón hacia un mar de problemas.

Se paseó por la habitación y tomó una cerveza en el camino. Las brujas eran difíciles de encontrar y aún más difíciles de engañar. Los aquelarres hacían un buen trabajo en educarlas sobre la amenaza de los Antiguos. Por fortuna, no había muchos como él. Lo que hacía que muchas jóvenes brujas bajaran la guardia. La mayoría de ellas se perdían en ocultar lo que eran, el rol de jóvenes normales les salía tan bien que a veces se olvidaban todo acerca de los peligros del mundo sobrenatural.

Sin embargo, su presa favorita eran las chicas que poseían magia sin ser conscientes de ello. El poder que corría por sus venas dormía, oculto, camuflado en una sociedad que no creía en magia o brujas.

También estaban sus amigas: brujas a quienes les gustaba pasar un buen rato. Pero a veces la pantera que anidaba en su pecho necesitaba salir del escondite y disfrutar de una cacería.

Aquel sutil aroma que susurraba su nombre en sueños finalmente captó sus sentidos. Era floral. Eléctrico. Una huella desvaneciéndose en el aire.

Siguió el débil rastro hasta una joven en el balcón que vestía un vestido verde. Bebía en compañía de otra chica.

—Linda noche —dijo asomándose de manera casual.

Por alguna razón los jóvenes universitarios tendían a actuar de manera completamente incorrecta cuando se trataba de comenzar una conversación con un interés romántico. Algunos observaban a una distancia prudente al igual que un perro callejero con la esperanza de recibir un hueso. Mientras que otros optaban por ser tan amistosos como una garrapata.

—Muy linda noche. Soy Lana —respondió la chica del vestido verde.

—Stef.

—Edward. —Hizo una sonrisa y agregó—: Ed.

Galen tenía una lista de alias que iba cambiando según la ocasión. La mayoría pertenecía a personajes literarios o figuras históricas. Esa noche era Edward Hyde.

—¿De dónde conoces a Leslie? —preguntó Stef.

—Nuestros padres son allegados, solíamos vivir en el mismo vecindario.

—Oh, no recuerdo haberte visto antes —dijo Lana mientras tomaba de un vaso plástico.

—Me mudé a París hace unos años, estoy estudiando en la Université Paris Dauphine.

—¿Hablas francés? —preguntaron las dos al unísono.

El idioma del amor. Aprenderlo había valido cada hora que había pasado estudiándolo.

—*Oui*.

—¡Di algo más! —pidió Lana con entusiasmo.

—*Tes dames ont l'air ravissante ce soir*.

—¿Qué significa?

—Dejaré que adivinen —respondió y las dos compartieron una risita.

Conversaron sobre París y sus sitios favoritos. Cuando se trataba de dos amigas, la mejor estrategia era hacerles saber en cuál estaba interesado y dejar que ellas actuaran. La ovejita seguiría al lobo lejos del rebaño.

—Es una linda noche —repitió Galen asomándose a la baranda despintada del balcón—. Creo que iré por una caminata para dejar que el alcohol siga su curso. —Miró a Lana y se detuvo en sus labios—. Disfruten sus bebidas, señoritas.

Apenas puso un pie en el interior del departamento cuando la voz de Lana lo detuvo.

—¡Espera! Yo también podría dar una caminata...

Se volvió a tiempo para ver a Stef revolear los ojos con fastidio. Si tenía que ser objetivo, la otra chica era más bonita, con largas piernas

que subían hasta una corta falda cuadrillé, pero su sangre no olía a magia.

—*Après vous* —dijo indicando con la mano—. Después de ti.

Lana sonrió. Entonces se apresuró a tomar la iniciativa y liderar el camino hacia la puerta de entrada.

Estaban en el área de Camden. Un puñado de viejos *pubs* iluminaban las esquinas con luces de colores, haciendo que la noche se viera menos acechante. Aunque nadie era lo suficientemente ingenuo como para confundir las calles de Londres con algo inofensivo.

Aquel empedrado desparejo salpicado de luz de luna había guiado a incontables almas imprudentes a incontables desenlaces desafortunados.

El nombre Jack el Destripador, el asesino serial que había manchado las calles de sangre en 1888, ocasionalmente hacía su aparición en las conversaciones de estudiantes ebrios.

Galen esperó un par de cuadras antes de acercar una mano a la de su acompañante y hacer que sus dedos se rozaran.

Conocía un club nocturno no muy lejos de allí. Si seguían por Camden High Street eventualmente lo cruzarían y le sugeriría entrar.

En ese tipo de escenarios, las chicas como Lana no tardaban en desinhibirse. Y dada la forma en la que continuaba apoyando un hombro contra el de Galen, no le sería difícil obtener lo que quería.

La música los encontró antes de llegar a la puerta. Un sonido electrónico que tenía una forma de hacer vibrar las cosas.

Por fuera no era más que un edificio de cemento con un gigante vigilando la entrada.

—¿Qué dices? ¿Te gusta bailar? —preguntó en tono sugestivo.

Lana dejó escapar una risita.

—Me encanta bailar.

Galen la tomó de la mano. Le ofreció unas libras al gigante de la puerta y dejó que su mirada hablara por él. Aquellos hombres estaban

entrenados para reconocer a jóvenes con documentos falsos. Y si bien se consideraba afortunado de poder alargar su juventud, estaba lejos de ser un mocoso ansioso por colarse en un club.

Una vez dentro la temperatura subió de manera notable. El tipo de calor que solo se logra con cientos de cuerpos moviéndose incesantemente en un espacio reducido. El aire también contaba otra historia. Una que involucraba tabaco, licor y transpiración.

Se abrió paso entre la multitud, llevando a Lana en dirección a la barra.

—¿Qué te gustaría tomar?

La chica lo consideró unos momentos.

—Un cosmo.

—¿Te refieres a esa bebida rosa llamada cosmopolitan? —preguntó con humor.

—Esa misma —respondió con una risita.

Galen llamó la atención del *barman* con un gesto de mano.

—Una Guinness y un cosmo.

La excesiva cantidad de personas los obligó a mantenerse cerca mientras esperaban por las bebidas. Esa era una de las ventajas de un lugar así: invadir el espacio personal era prácticamente una regla.

Mantuvo la mano en la suya, moviendo el dedo pulgar en suaves trazos sobre la piel de la joven. Si cerraba los ojos y enfocaba los sentidos en aquel punto, podía sentir la magia pulsando por su sangre. Era sutil. De ser una bruja, la sensación sería tan fuerte como la de una ola antes de romper.

—¿En qué piensas? —preguntó Lana.

—Pienso que ese vestido verde que llevas me ha estado distrayendo desde que salí al balcón —respondió.

Sus mejillas se sonrojaron.

—¿Cómo es que Leslie nunca te mencionó? —preguntó más para sí misma—. Eres tan...

Tragó la palabra avergonzada.

—No nos hemos visto en años, probablemente olvidó todo acerca de mí —dijo encogiéndose de hombros

—Lo dudo seriamente.

Galen coincidía con ella. Se consideraba memorable. Si tenía la intención de causar una impresión en alguna chica, daba por sentado que, incluso si no volvían a verlo, no lo olvidarían.

Tomaron las bebidas mientras hablaban suavemente, hasta que Lana vació la suya. Entonces Galen pasó la mano por su cintura y la guió a la pista de baile, la cual estaba más que concurrida.

Sus cuerpos se pusieron en sintonía con la música, al ritmo de la canción que llenó sus oídos.

Galen la hizo girar, moviéndola hasta dejarla sin aire, y la atrajo a meros respiros de su rostro. Lana pasó los brazos por su cuello y lo acercó con una risita codiciosa.

La hizo esperar unos momentos más, dejando que se volviera impaciente, y la besó cuando aquel anhelo se volvió algo más atrevido.

Lana respondió al beso con entusiasmo.

Alrededor de ellos una multitud de jóvenes bailaban y se enredaban unos con otros. Podía sentir los movimientos de los cuerpos, bajando y subiendo. La adrenalina. Los latidos de cientos de corazones acompañando la música.

Las manos del Antiguo bajaron por los brazos descubiertos de Lana, deleitándose en la eléctrica sensación que corría bajo su piel.

Iba a ser una noche entretenida.